

Regresar a China
Carles Prado-Fonts

E D I T O R I A L T R O T T A

PLIEGOS DE ORIENTE

© Editorial Trotta, S.A., 2019
Ferraz, 55. 28008 Madrid
teléfono: 91 543 03 61
e-mail: editorial@trotta.es
url: <http://www.trotta.es>

© Carles Prado-Fonts, 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

isbn: 978-84-9879-785-5
depósito legal: M-12563-2019

impresión
Gráficas Cofás

CONTENIDO

<i>Prefacio: El trauma de volver a casa</i>	9
1. A las puertas de la revolución	13
2. Liderando la revolución	45
3. Devorados por la política	83
4. La literatura como refugio	123
<i>Epílogo: Regresar a China</i>	157
<i>Agradecimientos</i>	161
<i>Fuentes y lecturas recomendadas</i>	163
<i>Índice general</i>	173

Prefacio

EL TRAUMA DE VOLVER A CASA

Es un viernes de otoño y en un programa de televisión entrevistan a una prestigiosa sinóloga catalana. El entrevistador sirve tópico tras tópico, que la sinóloga alinea con la solvencia que proporcionan centenares de entrevistas idénticas: un país históricamente cerrado al exterior, una cultura en las antípodas de la nuestra, un gobierno basado en la represión, una lengua endiablada que solo unos pocos extranjeros pueden dominar. Aquellos cincuenta y ocho minutos son la síntesis perfecta de cómo entendemos China y de la complicidad que, en este ámbito, existe entre el mundo académico y la sociedad. Los especialistas en Asia Oriental proporcionan a la sociedad la visión de su objeto de estudio que esta les reclama: distante, exótica, incomprensible.

El martes siguiente tengo frente a mí a cuarenta estudiantes de Humanidades más o menos dispuestos a sumergirse en una asignatura panorámica sobre la historia y la cultura de China. Se sorprenden cuando les avanzo que, en la asignatura, partiremos de una epistemología radicalmente opuesta. Mi propósito, les confieso, es demostrar que China y los chinos son comprensibles y mucho más próximos a nosotros por varias razones: porque compartimos planteamientos y problemáticas universales ante un mundo que, a pesar de las distancias, no deja de ser el mismo; porque desde el siglo XIX en China se han debatido, sintetizado e integrado las ideas occidentales de progreso y modernidad; o porque, ya en décadas recientes, la movilidad transnacional cuestiona más que nunca el binarismo entre «ellos» y «nosotros». Les digo que tengo un trimestre para demostrárselo. Ahora, en este libro, tengo ciento cincuenta páginas por delante para hacer lo mismo con el lector.

Regresar a China es una invitación a cuestionar la China lejana y difícil de comprender que tenemos fijada en nuestro imaginario y pasar a

contemplar este país y esta cultura de la misma manera contradictoria con la que, probablemente, desearíamos que el mundo nos contemplara a nosotros mismos: China es un país ciertamente singular, pero, a la vez, es un país como cualquier otro. Singular es su extensión geográfica, la magnitud de su población o la manera como, en muy pocas décadas, ha integrado la influencia de un Occidente invasivo para hacerse un hueco en el mundo al que, entre todos, la hemos empujado. Pero es también universal porque a lo largo de su historia hallamos características reconocibles y compartidas, como pugnas por el poder político, debates entre reforma y revolución, sucesiones de dictaduras y guerras civiles, choques entre tradición y modernidad, conflictos entre clases sociales o una infinidad de pequeños dilemas personales —resueltos por medio de decisiones coherentes o de inexplicables incongruencias— ante las fuerzas implacables de la Historia.

Para explorar esta paradoja, *Regresar a China* se detiene en un fenómeno cuyo impacto ha sido generalmente poco reconocido —incluso en el mundo académico— y que, sin embargo, simboliza a la perfección esta interrelación entre China y el mundo, entre «ellos» y «nosotros». Desde finales del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, miles de jóvenes chinos residieron en países como Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos o Japón. Anteriormente —y a pesar de la creencia aislacionista muy arraigada hoy en día— China siempre se había mantenido conectada con el mundo en general y con el resto de Asia en particular gracias a numerosas relaciones comerciales y vibrantes intercambios culturales y religiosos. Ya en el siglo III, por ejemplo, el budismo llegó a tierras chinas procedente de la India y arraigó con enorme fuerza. No obstante, a las puertas del siglo XX estos contactos adquieren una nueva forma, un mayor volumen y una intensidad inaudita. Se estima que, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, más de ciento cincuenta mil estudiantes chinos regresaron a su país tras haber estudiado en el extranjero. El desarrollo de la Modernidad en China no se puede comprender sin tener en consideración el retorno de este amplio colectivo que fue vital para el desarrollo político, social y cultural de un país en transición. A su regreso, estos jóvenes sacudieron a una China que, de pronto, se veía ante la necesidad de dar alcance a un progreso que pilotaban los países occidentales, con Japón como alumno aventajado. China había quedado rezagada y en una precaria situación semicolonial. Es un momento de cambios de gran calado, punto y final de un sistema político, de un ecosistema intelectual y prácticamente de una cosmovisión que habían predominado durante siglos. Las guerras del Opio y las derrotas ante potencias coloniales sufridas a mediados del siglo XIX habían situado a China en un nue-

vo escenario global sin que gobernantes e intelectualidad supieran cómo actuar. En pleno *impasse*, los miles de estudiantes que regresaron del extranjero abanderaron un auténtico cambio de paradigma desde sus respectivas profesiones: escritores, políticos, militares, abogados, ingenieros, arquitectos. Las ideas sembradas por estos intelectuales configuraron la China que hoy conocemos.

Este regreso masivo supuso un punto de inflexión en lo histórico, pero también, claro está, en lo personal para cada uno de estos jóvenes regresados. Para muchos, representó una experiencia poco menos que traumática. Tras varios años en el extranjero —a menudo viviendo en condiciones precarias, y víctimas del desdén y del racismo de la población local— el regreso a China significó un segundo choque cultural, más profundo, si cabe, que el que habían experimentado en tierras lejanas por el hecho de producirse en su propia patria. El trauma del retorno situó a estos jóvenes en una posición incómoda, contradictoria. Por un lado, se sentían dolorosamente excluidos de una sociedad que, a la luz del progreso occidental que habían experimentado en primera persona, percibían ahora como caótica y atrasada. Por otro, se esperaba de ellos que contribuyeran al progreso de esa misma sociedad, y las expectativas eran muy altas. La China de hoy es también fruto del trauma de miles de intelectuales que, tras estudiar en Occidente, observaron a su propio país desde un prisma distinto y cambiaron el rumbo de una política y una cultura aún regidas por pautas tradicionalistas.

Los próximos capítulos nos acercan a este fenómeno social y personal por medio de tres de sus figuras más destacadas: Lu Xun (1881-1936), Lao She (1899-1966) y Qian Zhongshu (1910-1998), grandes maestros de la literatura china cuyo impacto traspasó las fronteras de lo literario y enlazó cultura, política e intelectualidad en la China del siglo xx. Sus trayectorias comparten la dramática vivencia del retorno, pero difieren en sus reacciones, que podrían considerarse prototípicas: el liderazgo, la adaptación y la evasión, respectivamente. En 1909 Lu Xun, futuro padre de la literatura china moderna, regresa desde Tokio y prepara el terreno para la iconoclasia intelectual de la década siguiente. Su rebeldía no solo inspirará la revolución literaria, sino que lo convertirá en el pensador de referencia de la izquierda china y en futuro icono del maoísmo. En 1930 Lao She, catalogado como máximo exponente del canon realista, vuelve desde Londres ya como un escritor de cierto éxito. De origen manchú y convertido al catolicismo, su figura condensa las tensiones políticas e identitarias del primer tercio del siglo xx en China. Será capaz de modelarlas y no solo se convertirá en un escritor de prestigio y en uno de los dramaturgos más queridos por el gran público, sino

que llegará a ocupar varios cargos políticos durante las décadas de 1950 y 1960. Y en 1938 Qian Zhongshu, reivindicado hoy en día por la academia como símbolo del contracanon modernista, desembarca procedente de París tras haber estudiado en Oxford y la Sorbona. Sufrirá el ostracismo de los autores que optaron por no seguir los dictámenes del realismo socialista y, años más tarde, las penurias compartidas con cientos de intelectuales durante el maoísmo y la Revolución Cultural. Los capítulos de este libro quedan vertebrados por estas tres biografías que, yuxtapuestas, abarcan más de un siglo de la historia y nos conducen a la China que hoy nos acompaña. Los precede un capítulo introductorio centrado en la figura de Lin Shu (1852-1924), el traductor chino más influyente del siglo XX y que, a diferencia de nuestros tres protagonistas, nunca salió de su país. Su vida transcurre durante los años del ocaso del imperio Qing, umbral de los capítulos posteriores. Lin Shu ejemplifica a la perfección los intentos de conciliar la moralidad confuciana con los avances tecnológicos y los conceptos filosóficos recién importados de Europa. Es precisamente en este momento de negociación intercultural de finales del siglo XIX cuando se engendra nuestra historia: la expedición masiva de miles de estudiantes a Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos o Japón abrirá un nuevo escenario que, a través de tres calas en las biografías de escritores de referencia, nos conducirá por prácticamente la totalidad del siglo XX.

Las vidas y las obras de Lu Xun, Lao She y Qian Zhongshu nos ofrecen una mirada crítica sobre la Modernidad y el panorama político y cultural de su tiempo. Sus experiencias nos muestran que el nacimiento de la China contemporánea está ineludiblemente marcado por las relaciones con el mundo occidental: en la práctica, China y Occidente no se erigen como bloques antagónicos, sino que se nos revelan como culturas hilvanadas por las trayectorias de miles de jóvenes intelectuales. Figuras simultáneamente dentro y fuera del ecosistema chino, en una posición creativa y dolorosa a la vez, protagonistas de verdaderos dilemas vitales ante un país por construir. Sus historias personales atesoran también un poso de universalidad y nos ilustran las diferentes actitudes humanas ante las encrucijadas de la Historia.

South Amboy, NJ
Septiembre de 2018